

1

Historia de la Universidad Católica de Córdoba. Identidad institucional

MIGUEL A. MORENO, SJ

RAÍCES DE FUTURO



Moreno, Miguel Ángel

Historia de la Universidad Católica de Córdoba : identidad institucional /
Miguel Ángel Moreno. - 1a ed. - Córdoba : EDUCC - Editorial de la Universidad
Católica de Córdoba, 2016.

Libro digital, PDF - (Raíces de futuro ; 1)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-626-319-1

1. Universidades Privadas. I. Título.

CDD 378.009

Raíces de Futuro

1. Historia de la Universidad Católica de Córdoba. Identidad institucional

Miguel A. Moreno, sj

Copyright @ 2016 *by Educc* – Editorial de la Universidad Católica de Córdoba.

Diseño editorial, puesta en página y arte de tapa: Sofía García Castellanos.



La presente obra se publica bajo los términos y condiciones de la licencia
Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar.

© EDUCC - Editorial Católica de Córdoba.





Historia de la Universidad Católica de Córdoba

IDENTIDAD INSTITUCIONAL

■ MIGUEL A. MORENO, SJ

Este primer volumen de la colección *Raíces de futuro* recupera la disertación del padre Miguel Ángel Moreno, sj, en las jornadas docentes 2016, año del 60.º aniversario de la Universidad Católica de Córdoba, realizadas el 26 y 27 de abril de 2016.

HACER “POSIBLE” LO “NECESARIO”

Cuando comencé a pensar en el contenido de la presente exposición, me encontraba leyendo un ensayo sobre uno de los autores conocidos del género de la novela policial “negra”, Ross Macdonald. El ensayista decía que Macdonald, a lo largo de su producción de múltiples títulos, no había hecho más que escribir el mismo libro una y otra vez. Pero que este mismo y único libro, detectable a lo largo de su amplia producción, era un gran libro.¹

Cediendo a una manera de reflexionar consistente en mirar las cosas desde perspectivas ajenas a ellas mismas, se me ocurrió que existía una cierta similitud con lo intentado por una universidad: verse

¹ Ross Macdonald, *El expediente Archer* (prólogo de R. Fresan e introducción de T. Nolan), Roja & Negra, Buenos Aires, 2010, pág. 22.

obligada a reencontrarse con los mismos problemas en cada una de sus etapas, intentando cada vez nuevas soluciones... Similitud que, a su vez, me planteaba la pregunta acerca de si la misma y única universidad resultante de la reiteración del mismo intento también podía dar como resultado una gran universidad.

UN EMPRENDIMIENTO UNIVERSITARIO NO SE REDUCE A LA ENUNCIACIÓN Y PROPUESTA DE PROYECTOS NOBLES –DESEABLES PARA SUS DESTINATARIOS E INDISPENSABLES PARA LA SOCIEDAD– SINO QUE, ADEMÁS, ESTOS REQUIEREN SER VIABLES O REALIZABLES.

Siguiendo esta inspiración, me encontré con una pregunta de valor, quizás desmesurada e impertinente pero difícil de suprimir una vez surgida. Y además, útil porque la homología con la metáfora policial pone de relieve que el itinerario histórico de una universidad está constituido por antinomias sustancialmente idénticas que una y otra vez –es

decir, en cada etapa de su itinerario– se vuelven a plantear y se intentan resolver sin nunca alcanzar su resolución definitiva. A lo más, podrán ser resueltas satisfactoriamente, es decir, siempre de manera inacabada entendiendo entonces, por “satisfactorio” no solo el hecho de haber alcanzado un nivel suficiente sino incompleto y por tanto apto para re-emprender la búsqueda de una mejor respuesta para las mismas antinomias (¿o de algún modo diversas?) en la etapa siguiente.

Aclaremos que una realidad es antinómica cuando la polarización o, a veces, la simple acentuación de uno de sus propósitos excluye la posibilidad del otro, anulando así su razón de ser. En cierto sentido, toda realidad existencial presenta un carácter antinómico, razón por la cual no pretendo afirmar aquí, con respecto a la universidad, el monopolio de lo antinómico: solo digo que en su puesta en práctica, en su

realización, la necesidad de resolución de lo antinómico es inevitable, que esta resolución no está asegurada de antemano pero que, además, en su correcta resolución –antes dijimos que nunca completa aunque satisfactoria...– puede residir su posibilidad de producción original.²

De acuerdo con esta perspectiva, lo universitario, prioritariamente inclinado a la búsqueda y definición de lo permanente, de lo rector y de lo que debería ser... ¡mostraría, más bien, en tácita afirmación, el carácter provisorio de sus intentos! Convengamos, de todos modos, en que lo provisorio no se aviene mal con lo antinómico. Más bien parecería confirmarlo... lo que, a su vez, confirmó el rumbo que me señalaba mi lectura ocasional acerca del carácter antinómico de la aventura universitaria. Me pregunté, entonces, si existía algo así como una “antinomia madre” por la que debería transitar la solución –en sustancia– de todas las otras...

Creo que, efectivamente, es así, que existe en el caso de la universidad una “antinomia madre” que estaría dada por la búsqueda de la viabilidad, en cuanto un emprendimiento universitario no se reduce a la enunciación y propuesta de proyectos nobles –deseables para sus destinatarios e indispensables para la sociedad– sino que, además, estos requieren ser viables o realizables. No se trataría solo de la universidad necesaria –de acuerdo con la formulación del teórico brasileño de los años 70 Darcy Ribeiro– sino, más modestamente, de la universidad posible.

A lo largo de su evolución histórica, la idea de universidad se ha ido afirmando en una búsqueda de lo “máximo”. Casi por definición, los enunciados de la institución universitaria pretenden “lo mejor”, es decir, metas y logros de calidad, requeridos de un tiempo

² Etimológicamente el término *antinomia* (que proviene de “anti”=contra y de “nomos”=ley) señala la contradicción entre dos preceptos de una ley o leyes o también entre dos principios racionales.

de adquisición no breve y, consecuentemente, necesitados de recursos no escasos... recursos no solo económicos sino intelectuales y anímicos... y esto, tanto en lo que podríamos llamar el elenco institucional (directivos, docentes, investigadores...) como en sus alumnos.³

Me he detenido en esta descripción porque ella confirma cómo en la natural y justa aspiración del impulso universitario hacia lo mejor, conviven simultáneamente una serie de condiciones –fácilmente mutables en obstáculos– difíciles de resolver, no atribuibles exclusivamente a la natural retracción humana frente a lo exigente sino también debidas a la misma naturaleza de las cosas y/o a preferencias u opciones existenciales que válidamente requieren ser tenidas en cuenta, particularmente en un ámbito universitario. Esta descripción vuelve a recordarnos que el emprendimiento universitario, necesario..., solo se hace posible cuando logra viabilidad, es decir, cuando logra –y si logra...– armonizar de modo compatible, en un proyecto unificado y satisfactorio las soluciones –efectivamente alcanzadas– en los múltiples segmentos que lo constituyen.⁴

Confío en que lo dicho disipe la sensación de obviedad que puede revestir la afirmación acerca del carácter central de la viabilidad para la efectiva realización de un proyecto universitario no solamente exitoso sino meramente posible. La viabilización es el pan de cada día que no solo debe ganarse con la creatividad y el sudor del intelecto sino a condición de morir de inanición si no se lo obtiene. Dicho con toda claridad: el desarrollo de un emprendimiento universitario en cuanto tal es un emprendimiento de difícil viabilización cuya resolución se

³ Para Newmann, en su clásico discurso sobre la universidad, la universidad no existe sin alumnos; ellos constituyen la razón última de su existencia.

⁴ En muchos casos, el hallazgo o la invención de *soluciones no convencionales* es una de las maneras –no la única– de resolver y hacer viable una antinomia.

asienta en la necesidad de compatibilizar, una y otra vez, elementos antinómicos, particularmente los siempre subyacentes referidos al tiempo y a los recursos con los que se cuenta.

La incidencia del factor “tiempo” en interrelación con el factor “recursos” es determinante para comprender mejor el lugar de la viabilidad. Probablemente, nada como la presión que ejercen sobre nosotros la premura y fluidez del tiempo y la insuficiencia permanente de los recursos, para advertir los límites con los que nos topamos... Los límites no son consecuencia necesaria de un error ni consecuencia de una transgresión... son, justamente, eso: límites, que en su mudo lenguaje nos dicen “lo que nos falta...”. Y es en este punto donde, paradójicamente, se pueden mostrar como nuestros aliados pues nos demarcan exactamente aquello con lo que contamos para construir lo que nos falta... y llegar a ser lo que podemos..., es decir, la universidad posible... pero diferente, pues, también, paradójicamente, a partir de ellos podemos aportar lo diferente.

Mi impresión es que la resolución de esta que he llamado “antinomía madre” pasa, en el caso de la universidad, por la construcción “ad casum” de una especie de modelo, dotado de proporcionalidad interna, en el que los elementos antinómicos, bajo la presión del tiempo y de los recursos disponibles, no se debilitan en su interacción, ni mucho menos, se anulan... sino que se potencian y a partir de sus límites, pueden constituir un modelo provisorio, dotado, por tanto, de un equilibrio “inestable” o limitado en el tiempo, en cuanto requiere ser reajustado más o menos permanentemente.

La fisonomía antinómica de la universidad se puede comprobar en la actualidad en dos cuestiones, entre otras, probablemente favorecidas por las características de la vida y de la sociedad actual. Una,

relacionada con la cuestión de los fines de la universidad, se refiere a la mayor o menor posibilidad de salida laboral que deberían brindar los títulos universitarios (o los estudios que ellos representan). Parecería que, en la actualidad, en el panorama mundial, el número de egresados universitarios tiende a rebasar la necesidad laboral de manera que la suma final de los graduados universitarios arrojaría un número mayor que el de los puestos laborales disponibles... pero, además —lo cual acentuaría la apariencia dramática de la cuestión—, las empresas se verían obligadas a recurrir a candidatos capacitados técnicamente por entidades específicas no universitarias o, en muchos casos, a capacitarlos ellas mismas... Este planteo de la situación —más o menos resumido en la pregunta acerca de si la universidad debe educar para la vida o para el mercado laboral o, en todo caso, si le resulta posible educar para ambas cosas— puede leerse en el diario *La Nación* del 18 de marzo pasado que con el título de “¿Vale la pena estudiar una carrera en la universidad?” comenta un evento internacional sobre esta temática.⁵

La otra cuestión, relacionada también con una problemática actual, en este caso con la problemática de la inclusión-exclusión, es la de la “excelencia”. Sin perder de vista que la excelencia real consiste, sustancialmente, en una rutina bien realizada, permanentemente bien realizada, que le permite a la institución pasar la prueba acerca de su confiabilidad en cualquier momento y sin previo aviso..., el enunciado de la excelencia académica pareciera haberse convertido en el exclusivo bocado capaz de hacer apetecible a una universidad en el (muchas veces) engañoso mercado académico. Esta formulación ha venido a protagonizar —o a recubrir— a nivel de la institución universitaria, la

⁵ Fundación Varkey, Global Education & Skills Forum (GESF): “Educación, equidad y empleo”, marzo 2016, Dubai.

problemática actual de la inclusión-exclusión, más centrada, esta última, en la individualidad de las personas. Si la institución universitaria algo teme, particularmente hoy en día, es quedar excluida del rodeo donde se libra la batalla de la competencia y, consecuentemente, no ser incluida entre las “excelentes”... Me atrevería a decir que actualmente, para una universidad, es impensable no aspirar a ser contada entre las “de excelencia”, lo cual, además de privilegiar equívocamente lo que podríamos llamar “vergüenza institucional”, la puede llevar a disimular sus carencias y limitaciones. De esta manera, corre el riesgo de diluir –por la confusión resultante– las verdaderas “culpas” de la institución por no hacerse cargo de lo que pudo haber hecho y no hizo en lugar de disimular lo que, quizás, no podía...

Esto nos lleva al verdadero problema de fondo: el de la responsabilidad. El primer deber de una universidad como institución, es también, como el de cualquier emprendimiento de servicio, ser responsable, es decir, mostrarse como es y ser capaz de realizar efectivamente esto que es, con sus límites o, más precisamente, a partir de ellos, mostrando sus propias maneras de haber alcanzado viabilidad. Es ilustrativa con respecto a toda esta cuestión la nota publicada en el *Diario Clarín* del 16 de marzo sobre la “cultura de la vergüenza”, en la que el autor aplica la distinción de la antropóloga Ruth Benedict entre vergüenza y culpa a la problemática del adolescente que con tal de no ser estigmatizado en las redes sociales y, por el contrario, ser incluido, adopta un código de relaciones no solamente falso sino profundamente destructivo...⁶

Esto me retrotrae al recuerdo de la antigua tentación siempre vigente y, a mi entender, a la que los claustros académicos son más

⁶ D. Brooks, “El peligroso deseo de buscar aprobación en las redes sociales” (*The New York Times*).

propiamente proclives: la de sustituir con el enunciado de nobles ideales lo que, a pesar de las buenas intenciones, escapa a sus alcances. La identidad institucional, sin embargo, no puede ser declamada sino que ha de ser construida aceptando que solo existe con sentido aquello de “lo necesario” que puede ser hecho “posible”... es decir, viable. Y podemos agregar: justo es lo único que tiene sentido..!

UNA HISTORIA CON SENTIDO

La pregunta por el sentido me lleva a la cuestión acerca de por qué la Compañía funda universidades, como en este caso..., convocando, además, a otras personas para que se sumen.⁷ Propiamente; ¿qué sentido tiene para la Compañía el hecho de asumir este trabajoso tipo de emprendimiento que es una universidad? En las respuestas de la Compañía, esta pregunta tiende a hacerse coincidente con la pregunta del “para qué” y, particularmente, con la cuestión acerca de “cómo” construirlas y gestionarlas.

Las tres características enunciadas en su momento por el P. Peter-Hans Kolvenbach, anterior General de la Compañía, y mencionadas en los documentos actuales de la Universidad Católica de Córdoba como típicas de una universidad jesuita, son indicadores de esta orientación y las he elegido para completar esta segunda parte de mi reflexión. Kolvenbach dice que la universidad jesuita se caracteriza por

⁷ Esta convocatoria, además de la aptitud específica requerida en cada caso, supone en tales personas una base suficiente de coincidencias en torno a la concepción de la persona humana que enuncia la universidad y a la capacidad para incorporarse sin demasiadas tensiones al estilo y modos de la institución (“disciplina institucional”).

la utilidad, el humanismo y por estar orientada hacia la promoción de la justicia (preferencialmente en favor de los más necesitados). Creo que este enunciado se encuentra en consonancia con lo que he venido desarrollando hasta aquí y que enuncie como “la antinomia madre” entendida como la cuestión de la “viabilidad” con la que una y otra vez habrá de enfrentarse el emprendimiento universitario (tanto en su conjunto como en cada uno de los segmentos que lo constituyen).

Una universidad jesuita –altero el orden de Kolvenbach para mayor claridad– es humanista... siempre se trata de un emprendimiento humanista. Condicionada en más de un sentido por haber nacido en medio de la eclosión de la cultura moderna y renacentista y, más precisamente aún, por haber nacido en un ámbito universitario (el de la Universidad de París), la Compañía adoptó –diría que casi naturalmente...– en su espiritualidad⁸ uno de sus valores centrales: que el hombre es la medida de todas las cosas..., incluido su natural postulado, ya expresado por el poeta latino acerca de que “nada humano me es ajeno”.⁹ Los estudios actuales sobre la génesis de la espiritualidad jesuita están acordes en que, aunque abrevada en múltiples fuentes, todas ellas fueron reasumidas y resumidas por Ignacio a través de su propia experiencia espiritual, tal como ella fuera, primero, formulada por él mismo en sus *Ejercicios espirituales* y descripta, ulteriormente, en su *Autobiografía*. La cuestión más paradójica –o, al menos, más llamativa– que aparece en esta experiencia y expresada en ambas fuentes es la profunda compati-

⁸ A los fines de la presente explicación, el concepto de “espiritualidad” podría ser tomado como equivalente al de “ideología”, prescindiendo, por una parte, de la nota de apriorismo con la que es común entender el concepto de ideología (“apriorismo arbitrario”), y por la otra, reduciendo la equivalencia a lo que una y otra representarían como conjunto de ideas, convicciones y valoraciones mediante el cual se aborda la vida y su quehacer. En el caso de la espiritualidad, su fuente originaria reside en una experiencia determinada del Evangelio.

⁹ Terencio: “Nihil humanum a me alienum puto”.

bilidad entre lo humano y lo divino.¹⁰ Como también dice Kolvenbach en otro de sus comentarios, esta vez, acerca de los *Ejercicios espirituales*, para Ignacio, en el hecho de la Encarnación –dogma cristiano central– lo mayúsculo queda encerrado en lo minúsculo...y, desde allí, trabajar por Dios será trabajar por el hombre, y trabajar por el hombre será servir a Dios. Se trata de la antigua convicción cristiana acerca del “valor divino de lo humano”.

Pero no se trata de trabajar por todos los hombres sino, particularmente, –esta, en la enumeración de Kolvenbach, sería la tercera característica– “por los que menos tienen”. Como podrán advertir he operado una modificación en el enunciado de esta característica al adoptar una distinta formulación, introducida en un discurso de colación de grados de la década de 1990. Formulación más secular que se lleva mi preferencia por expresar mejor en el contexto de la presente explicación la tácita y profunda coincidencia de la opción cristiana de la Compañía con la naturaleza de lo universitario: primacía de la dignidad humana como criterio decisivo, respeto por su libertad, universalidad.

Con lo anterior se enlaza el tercer rasgo –que en la enumeración de Kolvenbach era el primero–: la utilidad, pues resulta claro que en la descripción de los dos primeros rasgos la orientación decisiva hacia el hombre es inequívocamente una búsqueda del provecho del hombre, es decir, de lo que le es realmente útil. Se trasluce en este punto una acentuación que me parece fuertemente original de Ignacio y de lo que hemos llamado la espiritualidad jesuita, acentuación, quizás, no suficientemente advertida.

¹⁰ Uno de los textos más ilustrativos al respecto es cuando Ignacio, describiendo en su *Autobiografía* una de sus experiencias espirituales, dice (en tercera persona): “Y estando allí sentado (en el camino junto al río Cardoner), se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y *no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y de letras*; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas...” (*Autobiografía* nº 30).

No deja de llamar la atención, tratándose de la universidad, mencionar como una de sus características, la utilidad. Reforzando tal extrañez –y en contraste– no puede ocultarse que, por otra parte, la Compañía apareció de ordinario en la Iglesia como una orden “pensante”. Esto puede entenderse si ambos términos de la antinomia –la búsqueda de lo útil y la inclinación al pensamiento– son tomados en su conjunción, ejemplo quizás decisivo de lo que venimos diciendo como resolución de lo antinómico. Existe en la historia de la Compañía una realización que quizás represente el caso ejemplar más nítido: las Reducciones Jesuíticas del Paraguay. Pocos casos a lo largo de su historia requirieron tanto –de la Compañía– su capacidad de pensar como condición para resolver un problema práctico como fue la reelaboración del sistema de las reducciones, su puesta en práctica y su ulterior gestión. Ellas transparentan un permanente ejercicio del pensamiento al servicio de la realidad inmediata, es decir, de la solución de la supervivencia y de los múltiples problemas incluidos en ella. Los jesuitas se muestran en este caso como lo que son: ni pragmáticos ni teóricos puros. Más bien tecnólogos o retóricos en el sentido de la cultura clásica...

Haciendo un paréntesis, es bueno recordar aquí que la elaboración de teoría, no como la búsqueda de la verdad filosófica ni como explicación teórica pura o científica, sino como forma para resolver un problema práctico de modo sistemático –y no meramente empírico y ocasional– fue elaborada por Aristóteles a raíz del problema de la ora-

EL PRIMER DEBER DE UNA UNIVERSIDAD COMO INSTITUCIÓN ES SER RESPONSABLE, ES DECIR, MOSTRARSE COMO ES Y SER CAPAZ DE REALIZAR EFECTIVAMENTE ESTO QUE ES, CON SUS LÍMITES O, MÁS PRECISAMENTE, A PARTIR DE ELLOS, MOSTRANDO SUS PROPIAS MANERAS DE HABER ALCANZADO VIABILIDAD.

toria y que la llamó retórica. Pero lo que aquí nos interesa subrayar es que, a raíz de ello, postuló –aparentemente por primera vez y de modo completo– el concepto de técnica o arte como aquella teoría apta para resolver un problema práctico, es decir, para resolver la cuestión de su viabilidad... pensando o teorizando. Decir entonces que una universidad jesuita debe ser un emprendimiento útil significa haber encontrado una forma de resolver, pensando, una necesidad más o menos inmediata de la realidad, encontrando así una respuesta no necesariamente definitiva sino temporal y provisoria y, por tanto, satisfactoria... apta para reiniciar en su momento una nueva etapa.¹¹

Me gustaría terminar por donde comencé: con dos preguntas relacionadas con el género de la novela policial que, visto desde este final, no aparece tal vez tan peregrino con respecto a la problemática universitaria. La primera establece que un buen autor de novelas policiales es aquel que siempre está en condiciones de responder “cuál es el paso siguiente”... Nada más adecuado para el trabajo simultáneamente teórico y práctico que en cada coyuntura debe afrontar y responder el universitario de acuerdo con la idea expuesta de resolver satisfactoriamente la nueva situación antinómica que le plantea la realidad...

¹¹ Fue Julia Kristeva quien, inspirada en el análisis semiológico del texto de los *Ejercicios espirituales* realizado por Roland Barthes, apunta como uno de los constitutivos de la intimidad de Ignacio, el ejercicio permanente del “discurrir del entendimiento”, fórmula ignaciana y equivalente al saber práctico en el que consiste finalmente toda técnica (o “retórica”). Cfr. Julia Kristeva, *La revuelta íntima. Literatura y psicoanálisis*, Eudeba, Buenos Aires, 2001, págs. 74-76, 144, 94; Roland Barthes, *Sade, Fourier, Loyola*, Editions du Seuil, 1971 (traducción por Ediciones Cátedra, Madrid, 2010, segunda edición).

La otra cuestión –también planteada por el ensayo mencionado al comienzo– no es la que se origina en el doble y obvio interrogante que propone cualquier novela policial: “¿quién lo hizo?” y “¿por qué lo hizo?”. La verdadera pregunta profunda y decisiva es “¿por qué no pudo dejar de hacerlo?..”, lo que suscita, a su vez, la pregunta acerca de por qué la Compañía y quienes trabajan con ella, a pesar de todas las dificultades, no pueden dejar de emprender una y otra vez la resolución de esta permanente antinomia en la que consiste la realización de una universidad que tenga sentido...¹²

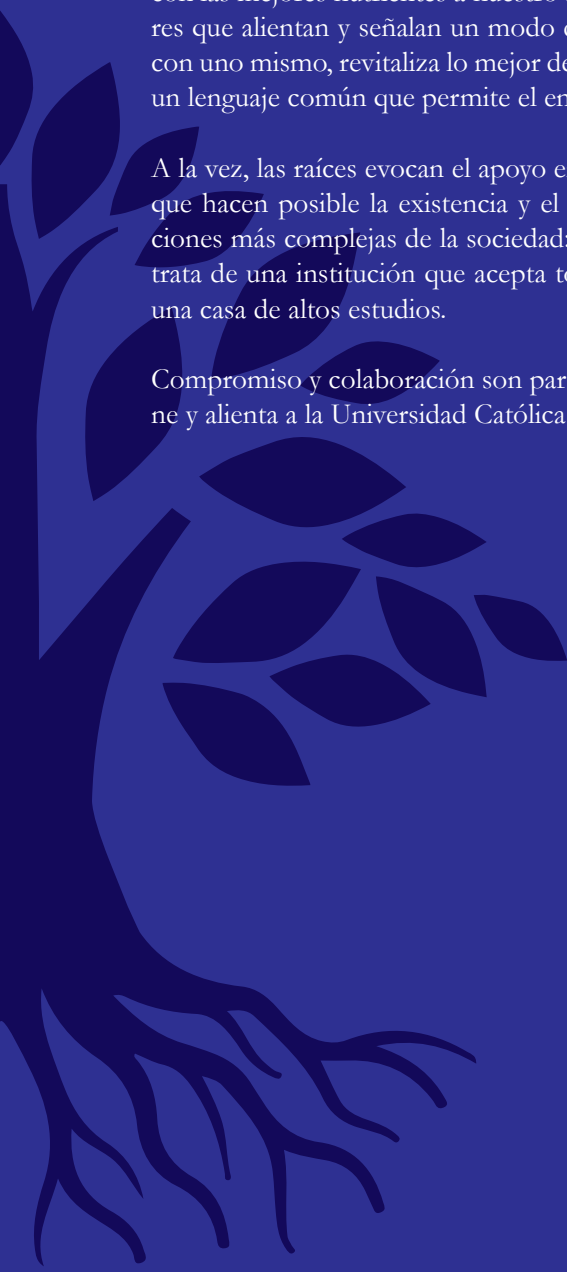
¹² Podrá advertirse la deliberada coincidencia entre el título de esta segunda parte de mi exposición y el título del libro de M.B. González sobre la historia de la Universidad Católica de Córdoba escrito a raíz del 50.º aniversario de su fundación. Entiendo que esta “coincidencia” subraya desde un ángulo complementario la verdad de mi propuesta: que la tarea de conciliar antinomias en la que consiste la construcción de la identidad de una universidad *tiene sentido a pesar del sustancial inacabamiento* que la constituye.



Miguel Ángel Moreno, sj, nació en Luján, provincia de Buenos Aires, en 1938. Ingresó en la Compañía de Jesús el 19 de marzo de 1956 y se ordenó como sacerdote el 24 de marzo de 1961. Es Licenciado en Teología y en Filosofía (Universidad del Salvador). Ejerció como Rector de la Universidad Católica de Córdoba entre 1985 y 1997. En la actualidad, reside en el Colegio Máximo de San José (Buenos Aires, Argentina).

fides
iustitia
utilitas
humanitas





“La imagen de las raíces inspira porque evoca la necesidad de alimentarnos con las mejores nutrientes a nuestro alcance. Como es el caso de los valores que alientan y señalan un modo de proceder que ayuda a encontrarse con uno mismo, revitaliza lo mejor de la institución, crea una perspectiva y un lenguaje común que permite el entendimiento en la diversidad.

A la vez, las raíces evocan el apoyo entre muchas personas e instituciones que hacen posible la existencia y el crecimiento de una de las organizaciones más complejas de la sociedad: la Universidad. Especialmente, si se trata de una institución que acepta todos los desafíos que se proponen a una casa de altos estudios.

Compromiso y colaboración son parte de un mismo dinamismo que define y alienta a la Universidad Católica de Córdoba.”

P. Dr. Alfonso José Gómez, sj

